

Aquellos días de placer pasaron
Dejándote placer y juventud.
¡Ay! cuando entonces para mí volaron,
Juventud y dolores me dejaron
Y el estéril acento del laud!

Mas quiera el cielo que en tu pura frente
No haya una sombra de dolor jamás;
¡Qué nunca una lágrima ferviente

Venga á enturbiar la límpida corriente
Donde arrullada por tus sueños vas!

¡Y si hoy el mundo amiga nos aleja;
Si yo soy la maleza y tú la flor,
No exhalarán mis labios una queja :
Solo la suerte un sinsabor me deja,
No ser para cantarte ruiseñor!

MANUEL GONZALEZ PRADA

Nacido en Lima en 1844, hizo sus primeros estudios en un colegio inglés en Valparaiso, de donde marchó á su ciudad natal para seguir el curso de jurisprudencia en el colegio de San Carlos.

Gonzalez Prada lo abandonó pronto, porque simpátizaba bien poco con las penosas y frias tareas del estudio de las leyes, que tan mal se avenian con su carácter.

Poeta por sentimiento, ha escrito cuanto ha sentido, y ha escrito para dar pábulo á su corazón, sin ir en busca de la aura popular, sin lanzar sus obras á la publicidad, tras un aplauso ó una felicitacion.

Hay un dato que nos es enteramente personal, y que es el mejor para apreciar debidamente á Gonzalez Prada. Cuando solicitamos de él, junto con algunas producciones suyas, algunos apuntes biográficos, se ofreció gustoso a acceder á nuestros deseos. Su biografía era muy corta; estaba concebida en estas palabras: « Nací en Lima. Son mis padres Francisco Gonzalez Prada y Josefa Ulloa. » Sin que nadie crea que exageramos, podemos concluir estos rasgos biográficos, asegurando que como poeta es tan bueno y simpático como lo es como hombre.

SOLEDAD

Ya, de este bosque en la mansion serena
Y soledad tranquila
Mana en copiosa vena,
Llanto de amor que en mi pesar profundo
Á las miradas oculté del mundo.

De la mudable sociedad insana
El pasajero aplauso
Huyo y la gloria vana;
Y en el mar proceloso de la vida
Eres mi puesto, soledad querida.

Tórtolas de la selva moradoras,
Céfiro enamorado,
Corrientes bullidoras,
Confiad al eco el fúnebre gemido
De un desdichado corazón herido.

Reparo dulce á mi fatiga seas,
Encina de años ciento
Que el bosque señoreas;
Y refrescad mi enardecida frente,
Diáfanas ondas de la fresca fuente.

Memorias tristes de dolor impío,
En rápida corrida
Huid del pecho mio :
Beber anhela el corazón ansioso
Las aguas del olvido y del reposo.

¿Por qué, ni aquí, de lisonjera calma
Disfrutan ¡ay! un punto
El corazón y el alma?...
Amor tirano, que tenaz me hostigas,
No en la callada soledad me sigas.

Amor, que al orbe de tu red hiciste
Sumiso prisionero,
Á Dioses y hombres fuiste
Colmada copa de sabroso almíbar,
Y vaso á mí de emponzoñado acíbar,

Á mí, que fiel y en ansiedad ardiente,
De tus aras en torno,
Gemía reverente,
Me diste solo roedor quebranto,
Noches eternas de zozobra y llanto.

Beldad, que al fino corazón amante,
Indómita rehuyes,
Dó quiera que yo errante
La planta lleve en presuroso giro,
Tu voz escucho y tu semblanza miro ;

Que al eco blando de tu voz sonora
Remeda en torno mio
La brisa gemidora,
Y á tu semblanza peregrina miente
La linfa de los ríos transparente.

Ven : y del tilo á la templada sombra,
Yace del césped tierno
En la mullida alfombra ;
Que yo tu frente ceñiré de flores
Y á par del ave cantaré de amores.

¡Ah! ¿ Por qué en medio á mi dolor me dejas
Y mis llorosos ayes
Desoyes y mis quejas?...
Léjos exhalas tu gentil reclamo,
Ave festiva que á mi nido llamo!

Dulce tirana que en mi mal te gozas
Y con desden y enojos
Mi corazon destrozas,
Belleza de rigor no te maldigo :
Yo tu desden y tu crueldad bendigo.

Ni amor merezco, ni fingido halago ;
Que de tu amor mi pecho
Brindará, solo, en pago,
De hiel cercada su genial tristura,
Su llanto de dolor y su amargura.

Para mi mal y padecer, en vano,
Fugaz consuelo pido
Á monte, selva y llano :

Á mal tan duro, á padecer tan fuerte,
Remedio es ¡ay! la inexorable muerte.

Tú, del perverso y del malvado huida,
Ven y el frágil estambre
Corta ya de mi vida ;
Que á quien marchita su esperanza llora
Eres, ó muerte, celestial aurora.

Tú al hombre muestras la verdad desnuda,
En la mente las nieblas
Disipas de la duda,
Y al pecho infundes de afliccion tránsito
El sueño de la paz y del olvido.

Arboles de las selvas apartadas
Cobijad amorosos
Mis cenizas heladas ;
Y ocultos sean para siempre al hombre
Mi fin lloroso y mi funesto nombre.

Y mientras el peso del vivir nefando
Voy por ásperas sendas
Á mi pesar, llevando,
Sé tú, apartada soledad umbrosa,
Mi quieto asilo, mi mansion dichosa.

LA DICHA

Pisé de un rey potente
El alcázar, en muros sustentado
De jaspe reluciente ;
Y el céfiro á mi oido
Trajo luctuoso, aterrador gemido.

En selva retirada,
Á la puerta llamé de humilde choza,
De barro fabricada ;
Y vi que en larga vena
Lloraba á solas un pastor su pena.

Dolor cruel á mi pecho
Con saña, entonces, desgarraba impía ;
Y exclamé en mi despecho,
Clavando con enojos
En la azulada bóveda los ojos :

Si gime de amargura
Poderoso monarca soberano
Y el morador de oscura
Cabaña á solas llora
¿ Dónde la dicha suspirada mora?

Mas, presto, un ángel puro
Bajó á mi lado en vagoroso giro,
Y, *no en el fango impuro*
La busques de este suelo,
Dijo : y al éter encumbró su vuelo.

De entonces el alma mia
Del nécio mundo el esplendor desdenea
El fausto y alegría ;
Que late fervorosa
Por tí, suprema eternidad gloriosa.

LA NOCHE Y EL DIA

¡Bello es el dia! en los ortivos mares.
El rey de las alturas reverbera
Y nubes de topacio y esmeralda
Ciñen al monte fúlgida diadema.

¡Bella es la noche! en el etéreo golfo
Naves de luz desfizanse ligeras
Y duerme el aura en el tendido llano
Y trina el ruiseñor en la arboleda.

El dia es ruido, júbilo, armonías,
Cantos de amor, suspiros de terneza ;
La noche es calma, vaguedad, misterio,
Flébiles ayes, voces lastimeras.

Dulce es al pecho de placer bañado,
El vivo albor de la encendida alteza ;
Grato es al triste en soledad perdido,
El pálido fulgor de las estrellas.

En medio al dia, el corazon demente
Á las rocas arraiga de la tierra ;
Y en el blando reposo de la noche,
Altivo á Dios el pensamiento vuela.

Dice el dia : gozad, gozad, mortales,
Que es festin de placeres la existencia ;
Dice la noche : contemplad el cielo,
Patria es del hombre la eternal esfera.

PLACERES DE LA SOLEDAD

Pláceme, huyendo el mundanal ruido,
Tender al bosque mi ligero paso
Y en la negra espesura errar perdido
Al fallecer del sol en el ocaso ;

Pláceme agreste monte y escondido,
Luna que brilla en el etéreo raso,
Volcan de eterna nieve revestido,
Fuente sonora y arroyuelo escaso ;

Que en tu recinto, soledad secreta,
Duerme el dolor que al infeliz oprime
Y es todo paz y venturanza quieta :

Habla el silencio en tu solemne calma.
Adormecido el universo gime
Y ábranse á Dios el corazon y el alma.

A ISMENA

¿ Dó fueron ya los púdicos sonrojos,
Los suspiros de amor, el casto juego,
Los coloquios de paz y de sosiego,
La tierna risa de tus lábios rojos?

¿ Dónde al hablarnos con ardientes ojos,
Alternar quejas de amoroso fuego,
Latir en gozo y entusiasmo ciego,
Mentirnos celos y fingir enojos?

¡ Todo ha pasado! En valde la mirada
Busca do quiera tu beldad querida,
Que sombras hallo y soledad y nada,

Para siempre tu vida de mi vida
¡ Ay! separó con bárbara inclemencia!
La mano cruel de inexorable ausencia!

AL AMOR

Si eres, amor, un bien del alto cielo,
¿ Por qué las dudas, el gemido, el llanto,
La desconfianza, el torcedor quebranto
Las turbas noches de febril desvelo?

Si eres un mal en el mezquino suelo,
¿ Por qué las risas, el arrobo santo,
Las horas de placer, el dulce canto,
Las visiones de paz y de consuelo?

Si eres nieve ¿ por qué tus vivas llamas?
Si eres llama ¿ por qué tu hielo inerte?
Si eres sombra ¿ por qué la luz derramas?

¿ Por qué la sombra, si eres luz querida?
Si eres vida ¿ por qué me das la muerte?
Si eres muerte ¿ por qué me das la vida?

Á LA NATURALEZA

Siempre adoré tu próspera grandeza,
Tu gala, tu primor y bazarria,
Fuiste siempre mi hechizo y alegría,
Rozagante, feraz naturaleza,

Luces sin mancha en juvenil belleza,
Que no conoces senectud impia:
Eternas son tu pompa y lozania,
Eternos tu donaire y gentileza.

Pasan veloces sin cesar los años,
Pasan los siglos; tú insensible yaces
Del tiempo rudo á los feroces daños,

Ni sepulcro tendrás, ni cuna vistes:
Fénix divino, sin morir renaces;
Madre piadosa, sin nacer existes.

Á I***

Tuyo es el blondo, undívago cabello,
Tuya la frente de marfil nevado,
Tuyo el andar modesto y recatado,
La mórbida mejilla y rostro bello;

Tuyos los ojos, que el vivaz destello,
Vencen del sol en el zénit colgado,
Tuya la boca de coral preciado,
El talle grácil y el venusto cuello;

Tuyo el aliento de jazmin y acacia,
El gracioso decir, la risa honesta,
La gallardía y la inefable gracia;

Mia es la angustia, míos los dolores,
Mío el gemir en soledad funesta
Y sufrir tus desdenes y rigores.

MANUEL ADOLFO GARCIA

Nació en Lima en 1828. Es sin disputa uno de los mas aplaudidos é inspirados poetas de su patria. Los muchos amigos de Garcia conservan aun muy frescos los recuerdos de sus improvisaciones, mientras era alumno del Convictorio de San Carlos.

Una preciosa oda *Al mar*, fué la primera que le trajo los sinceros aplausos de todos los que la leyeron. Pero aunque no se conociera de Garcia mas que su canto *Á Bolivar*, él bastaria para asegurarle una reputacion. Al leerlo, no se sabe que admirar mas, si la valentia de la entonacion, ó la brillantez de las imágenes. Nosotros concluimos, advirtiendo á nuestros lectores que este poeta canta aun, y á este que su pasado le obliga á hacerlo siempre.

Ocupa actualmente el puesto de jefe de seccion del Ministerio de la Guerra.

EL POETA

¿Quién, si nací desnudo
De cuanto Dios formó por excelencia
De nuestro ser, su brillo y su opulencia,
De mí decir tan engañado pudo
Que soy poeta? ¿Quién? ¿Cuándo á mi frente
Ciñó la inspiracion su rayo ardiente?
¿Quién, jamás á mi pobre fantasia
Le dió lucir esplendorosas galas?
¿Quién surgidoras alas
Con qué subir, triunfante en su osadia,
De la belleza á la region lumbrosa,
Donde la poesía victoriosa
De palmas y de estrellas coronada
Mira á sus piés la gloria arrodillada?
Si solo aquel á quien así enaltece
La siempre abierta y generosa mano
Del númen soberano
De poeta el dictado se merece.
¿Osaré por demás desvanecido
Ornarme con el ínclito renombre
De ese monarca intelectual del hombre,
Yo, que no fui como él favorecido?
Bien hizo la fortuna
En no adornar con su oropel mi cuna;
Bien en negarme un título fastuoso,
Tanto mas vano cuanto mas pomposo,
Y mejor en negarme el laurel régio:
¿Tan de cordura y prevision escaso,
Ambicioné yo acaso
Del mando sumo el triste privilegio?
¿Qué es un rey? El poder con que deslumbra
No es un don de los cielos soberano;
Si de él se muestra ufano,
Porque cual astro alumbraba,
La brillantez que en él parece eterna

No á sí propio la debe;
En la fuente la bebe
Del almo sol del pueblo á quien gobierna.
Su coruscante trono es una cumbre
Visitada del rayo, de rugiente
Volcan fulminador cráter ardiente,
Y su pompa de odiosa servidumbre
Engañoso disfraz. De la que dicta
Imperadora ley, deber austero
Le obliga á ser con rigidez estricta.
Si fiel ministro, cumplidor primero.
Él solo es grande, si de serlo es digno,
Mas no por rey. Dichoso, si le plugo
Avasallar su voluntad al yugo
De la razon: así padre benigno
De su pueblo será, mas no verdugo.
Si de opulencia el bien tan quebradizo
Á par aquella me negó, bien hizo.
No ya me ofusca el esplendor del oro,
Ni ménos por alcázares deliro;
Solo á pequeño bien, rico en decoro,
Solo á modesta medianía aspiro.
Tengo yo lo bastante
Para el preciso menester, y sea
Para aquel que afanoso lo desea
De la riqueza el cofre de diamante.
Grandeza anhelo, pero no ilusoria
Ni tampoco fugaz. Es mi deseo
Dejar un sol al mundo en mi memoria,
Y reinar sobre todos giganteo
Firme empuñando el cetro de la gloria.
¿Cómo lograr, empero,
De esta ambicion el fin? No del guerrero
El laurel conquistando, que orgulloso
De su empolvada sien en torno ciñe;

Por gentil, por gallardo, por hermoso
Que sea este laurel, sangre lo tiñe.
Mas puras y mas bellas
Que las palmas que bate
Bajo un arco de fúlgidas estrellas
El vencedor en hórrido combate,
Son las que gana el sábio penetrando
De la verdad en la profunda esencia
Y el espíritu humano alimentando
Con ese pan de luz, flor de la ciencia.
Coronado tal vez mi ardiente anhelo
Veria yo, si se me hubiese dado
Del poético don el sublimado
Talisman vencedor. Como del cielo
El sol es el espíritu brillante,
Es de ese don la inspiracion el alma.
¿Cuál mas noble atributo?
De prodigioso fruto
Seno viril, enaltecida palma,
Impetuosa, veloz, roja corriente
De animadora luz, gérmen bullente,
De altos portentos espontánea mina,
Corazon de esplendor, sangre divina
Del génio, que potente
Todo lo vence y sin rival domina;
Á su celeste influjo
De su ingenio el poder, de su arte el lujo
Despliega el arquitecto en las que eleva
Con asombro á la altura
Fábricas inmortales,
Si del ornato en el primor rivales,
En duracion á par, y donde lleva
Su nombre en palmas á la edad futura:
Con su eficaz ayuda
El escultor artífice sublime,
En la materia ruda
Su noble sello con vigor imprime,
Osado, la desnuda
De su grosera, primitiva forma,
Luego con valentía transforma,
En séres mil, como su idea bellos,
Y de la vida manda que por ellos
El éter puro rápido circule,
Que el sentimiento ondule
Y lance el pensamiento sus destellos,
Les infunde un espíritu celeste,
Que es de su seno morador oculto,
Y hace que tanta seducción les preste
Que el mundo con placer les rinda culto;
En su audacia por ella sostenido,
Roba el pintor al cielo sus colores,
Y diestro manejando y atrevido,
Cual dóciles corceles,
Los briosos pinceles,
Que en sus manos son rayos creadores,
Con portentosa magia,
Rival del Hacedor, sus obras plágia;
Y el músico por ella acandalado
Con rico don precioso y regalado,
De la voz celestial eco infinito,

Derramando á su paso
Va de su corazon, de ese áureo vaso,
El plácido tesoro y exquisito,
El goce hechizador de la tan grata,
Deliciosa armonía,
Tesoro con que al cielo desafía,
Y así prenda, seduce y arrebatada
Y el campo azul de la ilusion dilata.
Todos iluminados por su llama
Como vívidos faros centellean,
Todos por ella altísimos campean,
Todos excelsa dignidad y fama
Y prez esclarecida se grangean.
Todos, sí, pero ¿quién mas que el poeta?
Predilecto en su gracia
Con desusada majestad se espacia
Por el dominio superior del arte,
Donde con brazo de robusto atleta
Enarbola su fúlgido estandarte.
Jamás seguido en su grandioso vuelo,
Rayo parece que la tierra exhala
Ó flamígero cóndor, que del suelo
Audaz, se eleva á recorrer el cielo
Y de su alta region la cumbre escala.
Á las edades flameadora y viva
Pirámide que de ellas triunfa altiva,
Glorioso anunciador, guía radiante,
Astro reverberante
Cuya grandeza la del sol destrona,
Cabeza de los génios soberana,
Su jefe que, con bizarría ufana,
Con la palma de todos se corona,
Venturoso, inmortal en su destino,
Con faz erguida y con valiente planta
Rectamente á cumplirlo se adelanta
Rayos lanzando de fulgor divino.
Creador es su aliento
Y del alma laurel su pensamiento;
Con su mirada intrépida deshace
La fúnebre tiniebla en que el helado
Y gigante cadáver del pasado
Sombriamente amortajado yace.
Del porvenir recóndito y velado
La oscuridad disipa,
Rasga el seno y los frutos anticipa;
Todo á su aspecto calla;
Llevando en sí la fuerza de Dios mismo
Poderoso, avasalla
La tierra, el mar, los cielos y el abismo:
De su armónica voz con el concierto
Ya imita el dulce canto de las aves,
Ya de la tempestad las notas graves
Ó ya el mudó lenguaje del desierto.
La fantasía es su pincel; con ella
En sus gráficos cuadros reproduce
Cuanto en el cielo con soberbia luce,
Cuanta sublimidad su pompa sella,
Cuanto la henchida tierra
En sus poblados ámbitos encierra,
Y cuanto del océano profundo

Rey del ecuóreo mundo,
Atestigua la fuerza productora
Y en sus espacios cristalinos mora.
Su preciado tesoro
Y su providencial dote opulento
La lira es: flexible lengua de oro,
Órgano fino y á la par sonoro
De su puro, elevado sentimiento,
De ella y su vario acento acompañado.
¡Ya canta entusiasmado!
De la verdad la clara transparencia,
Del bien la noble y peregrina esencia,
De la virtud, que brilla y que perfuma,
La casta floridez y refulgencia
Y la modesta primacia suma:
Los bienes en que abunda
La paz á quien circunda
Resplandeciente aureola,
Que un iris con sus haces tornasola;
Los triunfos que la fama
Tronando anuncia á la asombrada tierra
De un héroe, á quien con júbilo proclama
Un dios en el infierno de la guerra;
La virginal, simpática pureza
Del candoroso niño,
Alba del porvenir, copo de armiño;
De la mujer, jardín de la belleza,
La seducción y el primoroso aliño;
Del hombre el señorío,
La majestad y el vasto poderío;
Ó bien canta la ingénita grandeza,
La santidad sobre ángeles alzada,

Y la sencilla perfeccion colmada,
Y el piélagos insondable de belleza
De aquel en quien es todo maravilla,
Cielo radioso, que sin nubes brilla,
Océano sin confin, eje sin polo,
Que un ejército de orbes acadilla
Y es el don de lo infinito solo:
De Dios, alma del mundo,
De vida manantial amplio y fecundo,
Crisol de los espíritus, luz pura
Que todo lo embellece y lo purpura,
Del poder sólio, de los dones arca,
Sol del ángel y espléndido monarca,
Eterno en el sitio de la ventura:
Que también el poeta
Émulo es generoso del profeta.
Supremo honor, aplauso y alabanza
Séale dado al que dichoso alcanza
Tan realizada alteza y tan notoria,
Si rabiosa la envidia le persigue
No por eso consigue
Menguar su prez, ni oscurecer su gloria.
Es su vida carroza de diamante,
Boreal aurora en la terrestre zona,
Su fama va como vapor pujante
Y de su nombre el colosal diamante
Resplandece del mundo en la corona,
Y cuando en el postrer forzoso duelo
Su despojo mortal entrega al suelo,
Dios envia un arcángel por su alma
Y de su tumba al pié brota una palma.

À BOLIVAR

¡Héroe, semi-dios, gigante,
Coloso del mundo infante,
Cuyo glorioso laurel
Eterniza ya el pincel
En láminas de diamante;

¡Ídolo de la victoria!
Tú, que con fama notoria
Tuviste desde la cuna
Por esclava la fortuna,
Por cortesana á la gloria;

Tú, de los héroes modelo,
Vengador de nuestro suelo,
Que cual despeñado sol
Contra el tirano español
Te envió en sus iras el cielo;

Tú, que con ardor bizarro
De los nietos de Pizarro
Despedazando el pendon,

Manso hiciste á su leon
Tirar de tu triunfante carro;

Desde la excelsa region,
Donde el inmortal varon
Vive en perdurable asiento,
Escucha el débil acento
De la humana inspiracion.

Venturosa tu fortuna
Fué, como no fué ninguna!
No el cielo nacer te vió,
Que el destino no colgó
De las estrellas tu cuna.

Tu origen fué terrenal,
Tu fábrica material;
Mas tú, naciendo á ser hombre,
Divinizaste tu nombre;
Te hiciste ser inmortal

¡Triunfar! Tal fué tu destino
Por eso á temple divino
Fué para ti trabajada
Tu nunca vencida espada :
Fué entre palmas tu camino.

Tu vida, aurora de mayo,
Tu muerte, del sol desmayo;
El sosiego de tu alma,
Del océano la calma,
Tu cólera, la del rayo.

En los campos tu bandera
Volador meteoro era,
Que al contrario daba espanto;
Tu nombre, de guerra canto,
Y tu corcel una fiera.

¡Dios de nuestros pátrios lares!
Campos fueron tus altares,
Crudas batallas tus fiestas,
Y tus sonoras orquestas
Las músicas militares.

Los Andes, que con decoro
Te dan aplauso sonoro,
Los Andes, que el mundo acata,
Cuyas sienas son de plata,
Cuyo corazón es de oro :

Los Andes, esas montañas,
Que con su pié las entrañas
Del globo rasgando van ;
Páginas son donde están
Bien escritas tus hazañas :

Páginas, donde el poeta
Tu ilustre vida interpreta
En el idioma del génio :
Y así cuando aquel proscenio
Recorre su vista inquieta ;

Cuando por el panorama
De esos montes se derrama,
Que en eterna duración
Columnas de piedra son
Del gran templo de tu fama,

Lee allí toda tu historia,
Donde dejaste memoria
De que tu constancia pudo
Dejar de palmas desnudo
Todo el árbol de la gloria.

¡Tempestad de la montaña,
Rayo vestido de saña,
Que en ímpetu vengador

Estallaste con fragor
Contra las huestes de España!

Recuerda el cuadro severo
De esos días en que fiero
Sobre nuestra frente esclava,
El despotismo asentaba
Firme su trono de acero ;

Débil, nuestra juventud
Siendo el temor su virtud
Sola, se arrastraba entonces
Ante el idolo de bronce
De la torpe esclavitud ;

Y atada á cadena impía
La libertad despedía
Tristes quejas y sollozos,
En los hondos calabozos
De la negra tiranía.

Nuevo, esperado Mesías,
Tú, en esos funestos días
Te alzas, y á tu aparición
El dios de la destrucción
Batió sus alas sombrías.

Suena tu grito de guerra,
Y cual trueno, por la tierra
Rueda en profundo clamor,
Llenando el valle de horror
Y estremeciendo la sierra.

Tiembla un momento el tirano ;
Mas despues el soberano
Cetro empuña, y centellea
Ya el rayo de la pelea
En su vengadora mano.

Tú vences sus adalides ;
Y en unas y en otras lides
Siempre fuerte y vencedor,
Renovadas tu valor,
Vé las proezas de Alcides.

Vencedor te proclamaron
Cuantos astros te admiraron,
Cuantas montañas te vieron,
Y campos te conocieron
Y rios te contemplaron.

Rey te llamó el Chimborazo
Que el marcial desembarazo
Tuyo asombrado miró,
Y en sus bases retendió
Cuando tú moviste el brazo

Y esa que en la mar descuella,
Ninfa encantadora y bella,
Esposa del oceano,
De su imperio soberano
Gala, luz, norte y estrella ;

América, ese verjel,
Del mar florido bajel,
Perla á su seno arrancada,
Sirena desencantada,
Te consagró su laurel.

MIS RECUERDOS

¡Carísimas memorias
Recuerdos siempre frescos de esos días
De puras alegrías,
De fugitivas glorias,
De ricas y brillantes fantasías!

¡Oh! si en vosotros se recrea el alma ;
Si con vosotros siente
De la vida correr suave la fuente,
Y al mundo de la calma
Tornais al triste corazón doliente ;

Que nunca abandonado
Ni un solo instante me dejéis os ruego ;
Que sin vosotros, ciego,
Perdida la esperanza de sosiego,
Andaré por do quier descaminado.

¡Oh! cuánto de placer al alma mía
Trae vuestra presencia!
Vosotros sois la fuerza que me guía ;
Por la intrincada vía
Y áspera, me lleváis de la existencia.

Nunca tristes, jamás descoloridos,
Soleis al corazón apareceros
Que venis lisongeros,
De placer ofreciendo á los sentidos
Riquísimos veneros.

À los claros fulgores
De que venis en derredor cercados,
Miro en mi fantasía dibujados
Con brillantes colores
Los cuadros de mis plácidos amores.

Miro á la hermosa mía
En la que todo son bellos primores,
Dando al mundo alegría,
Y á las flores y al día
Prestando claridad, prestando olores.

La miro tan hermosa
Como es el mundo en nuestra edad primera ;
Mucho mas que la rosa,
La gracia mas donosa
Con que se sabe ornar la primavera.

Miro sus bellos ojos
Que los reflejos del diamante envían ;
Sus labios que á la grana desafían,
Cepas labradas de corales rojos
Donde los mismos dioses beberían.

Y oro luciente entre luciente plata,
Topacios entre perlas su cabello,
Rico plumaje bello
Dó el sol brillante su color retrata
Sobre el marfil de su pulido cuello.

Ya la miro entregada
Al afán de domésticas labores
Formando mil primores
Con esa delicada
Mano que al cielo roba sus albos.

Ya imitando el cantar blando y sabroso
Del preso pajarillo,
Que aguarda picarillo
Los suaves mimos de su guarda hermoso
Para soltar el canto melodioso.

Ya lista y presurosa
Cruzar las calles del vergel ameno ;
Torcer el paso á la alameda umbrosa,
É imitar vagarosa
El giro del arroyo por su seno.

Ya matizar de flores su cabeza
Y correr á mirarse en la laguna ;
Y al ver allí copiada su belleza,
Crear, de su ilusión, en la pureza,
En su imágen mirar la de la luna.

Ó bien la miro con gentil decoro
Salir para el festín aparejada ;
Y mas tarde al sonoro
Latido dulce de las venas de oro
Ejecutar la danza concertada.

Ó á mi lado la veo
Y el alma siento toda estremecida ;
Y al beber en sus ojos nueva vida
Ni tengo mas deseo
Que mi felicidad está cumplida.

Dulce, consolador desasosiego
Siento al mirarla soía y sin testigo :
Quédome absorto, y luego,
Con palabras de fuego,
Todas las ansias de mi amor la digo.

Y al resonar su voz enamorada
En mi turbado oído,
Arde mi frente, quema la mirada,
Mi corazón redobla su latido,
Hierva mi sangre, y corre acelerada.

Y mientras de su talle el embeleso
Tiene mi brazo preso,
Y nuestros corazones alétean
Nuestros labios hidrópicos desean
Beber con ansia el incitante beso.

Y á mis ojos inquietos
El misterioso seno le confía
Sus preciosos secretos ;
La abrazo : á ella el amor le dá osadía,
Su mano estrecha con ardor la mía.

Y como dos arroyos que corriendo
Primero divididos,
Y despues sus caudales reuniendo

Un mismo cauce tiene confundidos,
Así el amor nos tiene tan unidos.

¡Oh, recuerdo feliz de aquel instante
En que á nuestra alma amante
Amor abría de su hermoso cielo
Las puertas de diamante!
¡Oh, que á no ser tan rápido su vuelo,

Tan breve su agonía,
Toda la dosis de placer que vierte
Dios, en el corazón se agotaría.
Dando amor de esta suerte,
El mismo amor, al corazón la muerte!

¡Oh recuerdo escogido!
Al brillo de tu lumbre
Se oscurece el brillante colorido
De todos los que en varia muchedumbre
¡Ay! me recuerdan el placer perdido.

Y haciendo renacer fresca y lozana
La flor de mi alegría
Marchita en su mañana,
Mueves el corazón y el alma mía
Y exaltas mi ardorosa fantasía.

CAROLINA FREILE DE JAIME

En uno de los días de noviembre del año de 1848, en medio de una numerosa concurrencia que presenciaba los exámenes del colegio Nacional de Educandas de Tacna, una graciosa niña de tres años de edad, colocada al medio del salón y sosteniendo apenas un grueso volumen de poesías que uno de los examinadores había colocado en sus manos, leía con voz perfectamente firme y con suma facilidad un romance, haciendo conocer, desde luego, que estaba dotada de una intuición especial para poder apreciar, á su edad, todos los accidentes y formas que toma el pensamiento ajustado á las reglas de la métrica.

Ocho años despues, desempeñaba en el mismo colegio el cargo de profesora de la clase de aritmética, y se hacia notable ya entre sus compañeras por su decidida afición á la literatura, y particularmente á la poesía. Contaba catorce años, cuando compuso una comedia en verso para representarla entre sus amigas, y, aunque adolecía de todos los defectos consiguientes á la falta de conocimiento de las reglas y de su inexperiencia, poco mundo é ignorancia de los resortes teatrales, revelaba, no obstante, talento, gusto poético y favorables disposiciones que le ofrecían un brillante porvenir.

La *Bella Tacneña*, periódico que vió la luz pública hácia el año de 1860, registra los primeros ensayos poéticos de Catalina Freire. Despues, *La América* y otros periódicos de Lima dieron á conocer á la poetisa tacneña bajo el seudónimo de « *Carlota de...* »

ARICA

SOBRE LAS RUINAS

Era un pueblo soberbio y esplendente
Que á la orilla del mar se enseñoreaba,
Ostentando en su seno floreciente
Las auras de la paz que acariciaba.

Á sus piés el Océano
Ancho feston de espuma le extendía,
Y ciñendo su frente soberana
Hermoso aparecía,
Un horizonte de zafir y grana.

¡Ese fué Arica!... perla de los mares,
Templo que en otro día una y mil veces,
Recibiera en sus cándidos altares
Del marino infeliz las tiernas preces ;
Allí, do la palmera
Ostentaba su sombra bienhechora
Mecida por la grata primavera ;
Allí, donde la aurora
Derramaba sus galas y hermosura
Sobre un pueblo feliz y venturoso,
Hoy solo existe ruina y desventura.

La mano del destino inexorable
Hundió en el hondo abismo de la nada,

Esa dulce morada
De seres venturosos
Que hoy en escombros yace sepultada.

Luce un día sereno y esplendente
Alumbrando radiante su belleza,
Las aguas del Océano mansamente
Se deslizan con tímido recelo,
Lamiendo el fresco césped que se extiende
Como una verde alfombra sobre el suelo ;
Rumores y armonías
El vaiven acompañan de las olas....
Mas ¡ay! en un instante
En el cielo se extiende densa nube,
La atmósfera oscurece de repente,
Y un ruido terrífico, imponente
Hiende los aires y á los cielos sube.

En sus bases, la tierra se extremece
Como herido leon que bambolea ;
Los edificios caen,
De los templos la cúpula se arquea,
Y la ciudad en polvo se convierte....
Un alarido inmenso, delirante,
Con el fragor unido,